

Estaba soberbia en aquella luz espectral, diciendo los hermosos versos con voz una octava más baja del tono, una voz en menor con la que tenía la costumbre de ensayar sus entonaciones, una voz que daba á la tirada una concentración trágica, envolvía al personaje en una especie de terror sagrado, hacía el efecto de un trozo de tragedia declamado por una sombra.

La Faustin representó así toda la escena primera, esperando en la segunda, un largo espacio, la réplica de Cleona que, en su sueño, se impacientaba de no ver llegar, se despertó, tardó algún tiempo en reconocerse... y se precipitó en los brazos de William, diciendo:

— «No es mía la culpa... no es mía la culpa... he hecho todo lo posible para no ser más... trágica... »

XLVIII

A partir de aquella excursión, el pensamiento de la Faustin no se mantuvo por completo encerrado en la villa, y la mujer enamorada no vivió ya por completo de su presente. En su memoria entró algo del pasado. Se sorprendió diciendo en voz baja un verso en otro tiempo aplaudido por el público, sonriendo, en un desvarío orgulloso, al recuerdo de una gloriosa crítica. Todos aquellos recuerdos

involuntarios de su carrera, todas aquellas vueltas de su pensamiento al teatro, trataba de arrojarlos, pero aunque los hundía en el fondo de sí misma, volvían en las horas del aflojamiento de la voluntad, en las horas turbadas de la dichosa inconsciencia de la vida, en las horas en que la mujer se duerme, en que la mujer se despierta.

Por la noche, en la cama, aquellas imágenes temblorosas sucedíanse bajo los párpados cerrados, á la manera de dibujos de fuego sobre el sombrío metal de un espejo, le mostraban oscuros rincones de entre bastidores, por donde pasaban trozos de clámides, pliegues de *peplum* luminosos.

Despertábase por la mañana con la cabeza completamente invadida, completamente trabajada de intenciones para un papel, un papel que le había prometido un sueño de media noche, y en cuya existencia creía, aun medio dormida, hasta que abría los ojos á la luz del sol, á la realidad.

Aun de día, en lo que oía, en lo que veía, buscaba la Faustin, á pesar suyo, el efecto teatral, y sus pasos ligeros en las calles del parque se parecían á veces al andar dramático de cierta entrada de quinto acto que se había hecho popular en el Odeon, y entre el zumbido de oídos de un instante, le parecían sonar los grandes nombres de la familia de los Atridas.

Todo esto no tocaba al amor de la mujer

por lord Annandale, á la perfecta dicha que disfrutaba en Lindau, pero era la entrada sorda en su cerebro de cosas en las que no había pensado hacía dos meses y en las que no quería pensar. Y ante aquella obstinación de todo su ser en recordarle por todos los sentidos y á cada momento su antiguo oficio, la actriz, después de muchas impaciencias, se ponía de pronto á gritar, golpeando colérica con el pie, como si se dirigiese á otra que á sí misma: «¡No, no! ¡Te digo que se ha concluido, concluido, concluido para siempre!»

La Faustin no leía ya los periódicos franceses por miedo á que sus ojos fuesen derechos al artículo *Teatros*, y había tirado al lago un volumen que le habían enviado de París, el libro de un ilustre crítico muerto recientemente, y en el que estaban reproducidos análisis entusiastas de su manera de representar, de su talento, de su belleza dramática.

XLIX

Los dos vivían solos y sin otras distracciones que paseos á caballo y en carruaje. El amor un poco celoso de William seguía temiendo á la gente, y en la gran villa, en aquella instalación regia, los dos amantes vivían solos, en compañía de una parienta sin fortuna de lord Annandale, de una sol-

terona casi loca, ó más bien en el estado de una dulce imbecilidad riente.

Una persona de la fealdad más extraordinaria que se pueda imaginar y llena de pudores de niña, con manos inmensas, unidas á los brazos por muñecas de gorila. Las pocas frases que pronunciaba en francés eran precedidas de un *aoñ*, que en un singular desaferramiento de las mandíbulas se prolongaba en una serie de entonaciones cavernosas y ridículas, que parecía que no iban á concluir nunca y que terminaban por un sonido aflautado incomprensible.

Por lo demás, la extraña criatura no aparecía más que á las comidas y al té de la noche, y en seguida desaparecía, encerrándose en un cuarto que se le había escogido lo más lejos de los aposentos habitados.

Allí, sin descansar, sin parar, con una obstinación de hembra británica, tocaba el piano diez y seis horas por día, sin poseer la menor aptitud musical ni el menor oído, pero haciendo con dedos de hierro una música implacable, en la que no se sentía nada del ser humano que toca, sino una música que parecía salir de un molino movido por una máquina de vapor, y que habría hecho mudarse á todo un barrio de gentes apacibles.

Bajo el golpear de sus terribles dedazos, el piano andaba siempre tan malparado,

que había tomado el partido de agregar á su persona, mitad como secretario, mitad como ayuda de cámara, á un antiguo afinador á quien daba trabajo todos los días.

Vestida como un espantapájaros, la excéntrica solterona no tenía más que una coquetería: la de los gorros de dormir, de que tenía una colección de los más coquetones y más llenos de lazos; y decía, en medio de sus *aoñ* de costumbre y de una risa casi espiritual, que era tan fea en la cama, que temía, de haber fuego, que los bomberos que penetraran en su alcoba se escaparan creyendo ver al diablo.

L

El único hombre recibido en la villa y que hacía en ella muy á menudo estancias de una semana era un secretario de la legación de Inglaterra en Baviera.

Era el tipo del diplomático pescador de caña.

Habría rehusado el puesto más hermoso del mundo en un país en cuyos ríos no hubiera truchas. De lo que ocurría en el reino en que estaba acreditado, las cuestiones políticas, militares, religiosas, comerciales, de nada se ocupaba, no leyendo jamás un libro, un periódico, no sabiendo nada del rincón de la tierra que habitaba más que lo que la conversación en la legación

le enseñaba ocho días después, y en el fondo más conmovido por la pérdida de un cebo arrebatado por un sollo, que lo habría sido por una declaración de guerra de Alemania á su patria. Todo su pensamiento pertenecía á los peces.

Y por la noche, después de haber pasado el día en el lago, se le encontraba siempre silenciosamente inclinado sobre una mesita, en un ángulo del salón, ocupado en fabricar la mosca de sauce (*Sallow Fly*), ó una efímera amarilla de Mayo (*May Fly*), ó un grillo de agua (*Water Cricket*), ó bien recortaba hoja de lata en forma de pececillos. Hacía esto con dedos religiosos y que parecían tocar cosas sacrosantas. Una día, hasta le ocurrió al diplomático inglés elevarse á la confección de una rata, de una rata muy susceptible de engañar los ojos de un pescado, y era casi fantástico ver, en el círculo de luz proyectado por la lámpara, las largas pestañas rojas del hombre haciendo como un batir de alas de avispa sobre sus ojos claros, con el esfuerzo de atención que ponía para llegar á la perfecta imitación del cebo viviente. ¡Y con qué conocimiento de la historia natural construyó el esqueleto del animalito, con qué arte lo enviscó, con qué ligereza de mano le aplicó el pelo, y qué diestramente le puso dos imperceptibles ojos de esmalte, y cómo poco á poco dió vida á su rata! ¡Y

qué dichoso fué con el movimiento de miedo que hizo la Faustin cuando se la echó sobre las rodillas!

Luego, cuando daban las once, el inglés, pensando en su despertar matinal del día siguiente, recogía prontamente las puntas de crin, los pedacitos de metal, las delicadas herramientas con que hacía sus obras de paciencia, y los metía en la gran caja de pesca que no cerraba sino después de haber echado una mirada amorosa á cada compartimiento. En los primeros tiempos de su matrimonio no había encontrado nada mejor para alegrar las primeras veladas que hacer á su mujer el inventario de aquella caja. Y aquello había sido una serie de graves y de solemnes conferencias en que el marido, desempaquetando cada objeto, lo frotaba un segundo con una gamuza, explicaba su uso, lo volvía á empaquetar inmediatamente, y de este modo hacía pasar ante los ojos de su joven mujer, adornando la explicación con doctos comentarios, toda su tiendecilla.

LI

Algún tiempo después, la villa tuvo otro comensal, cuya visita anunció lord Annandale á su querida, como la visita de un compatriota algo original, diciéndole que

le quedaría reconocido si le dispensaba sus rarezas.

Un día, al volver de un paseo, lo encontraron instalado en la casa, y refrescando, mientras llegaba la hora de la comida, con aguardiente, que bebía á grandes tragos en una copa que llevaba á sus labios con mano temblona.

El recién llegado se puso en seguida á hablar con entusiasmo de los cantos de los Scaldas, de los antiguos poemas del Norte, de las huellas que habían éstos dejado en la memoria de los habitantes de Irlanda que acababa de visitar, y aunque se expresaba en un francés bastante incorrecto, asombraba á la Faustin, que había creído al pronto tener que habérselas con un borracho de casa grande.

Comieron; y mientras bebía sin cesar aguardiente en vez de vino, «el honorable» Jorge Selwyn hizo el gasto de una conversación sobre la situación política de Alemania, los diplomáticos ingleses del continente, los salones de Viena, el teatro de Racine y de Corneille, formulando juicios de hombre de Estado, contando anécdotas, dejando escapar frases profundas, sacando de su memoria citas interminables, mostrando un conocimiento extraordinario de todas las literaturas de Europa, y esto sin un síntoma de borrachera y en una lengua francesa que se soltaba de hora en hora, y

se hacía incisiva, maligna, á veces atrozmente agria.

El honorable Jorge Selwyn excitó vivamente la curiosidad de la Faustin, y había motivo para ello. Aquel hombre se comprendía que era joven, pero bajo rasgos viejos como el mundo, y tenía una piel curtida, como sólo la curten las existencias malas, fatales, criminales. Llevaba pretenciosamente ropa manchada, y ostentaba en el ojal una flor rara, horriblemente olorosa, cuyo rabo bañaba en un chato frasco oculto bajo la solapa.

Sus manos secas de una manera curiosa, terminaban en los dos dedos pequeños por grandes uñas á la china encerradas en un estuche de oro. Y aparte de la excentricidad del individuo, que no llevaba corbata, y cuyo escote bajaba hasta el pecho, había además en él una porción de nada indefinibles que desagradaban á pesar de la seducción de su inteligencia; era sobre todo debajo de una frente de hidrocefalo, una cara que no parecía de su sexo, una cara de vieja, por la que iba y venía una burla perpetua, parecida á una contracción nerviosa. Daba á aquel hombre un carácter todavía más extraño, el que en medio de sus cabellos, muy negros, había arreglado y puesto en evidencia con cierta afectación, un mechón blanco, el mechón, decía, que tenían todos los individuos de su familia.

En el salón, el honorable Jorge Selwyn seguía hablando de todo como especialista, y de las cosas más diversas, y, entre otras, de las pastillas de ámbar del mariscal de Richelieu, cuya receta había obtenido de Cadet Gassicourt, receta que, en un viaje á Oriente, le había permitido ver una porción de cosas que no habían visto nunca los demás perros cristianos, gracias al reconocimiento de viejos pachás, rejuvenecidos, resucitados por aquella importación de la corte de Luis XV.

Y mientras hablaba, como acercase maquinalmente la mano hacia el pomo de sales de la Faustin colocado sobre la mesa, que la joven le alargaba con la mano, lo rechazó con un brusco movimiento, diciendo: «¡No, que lo rompería!», y al ver el asombro de la mujer, añadió:

—Sí, tengo una enfermedad particular, muy particular... Cuando cojo en la mano una cosa preciosa, y tengo el convencimiento de que es preciosa... ocurre en mí un fenómeno extraño... la acción refleja del cerebro al transmitir su voluntad á los músculos aductores y aprensos, se transforma en una negación del movimiento que se les manda... Hay en mí una impotencia funcional que me hace soltar la cosa... y ¡*pa!*!... se hace añicos en el suelo... Dicen los médicos que esto es la preponderancia del cerebro aniquilado por el influjo ner-

vioso de la medula... notad que si no considero preciosa la cosa, la cojo muy bien... no, amigo mío, esto no tiene nada de común con el *calambre del escritor*, es, por decirlo así, todo lo contrario...; en este caso, la contracción exagerada, tetanizada, llega al *estrechamiento*... mientras que en mí hay parálisis muscular momentánea... En fin, soy un caso patológico... intereso en el más alto grado á mi amigo el doctor Burnett, que debe hacerme el honor de un párrafo en su próximo libro sobre los *Trastornos nerviosos*.

LII

Durante la hora de la noche, al lado de la chimenea de la villa Isembourg, no había, ahora bien á menudo, de la Faustin, más que su presencia física: nada más que su cuerpo; el espíritu no estaba allí, estaba en la calle de Richelieu.

La trágica se volvía á ver saltando del cupé guiado por Ravaud, entre los gritos de los vendedores de los periódicos que imprimían su nombre todas las noches. Pasaba por delante del portero, que le sonreía, dando vueltas respetuosamente á su gorra entre los dedos. Subía rápida la escalera en una ascensión que tenía cortos reposos de meditación en los descansos. Se asomaba al profundo patio oscuro, de venta-

nas sin maderas, sin cortinas, que brillaba de arriba á abajo con luces en las cuales iban y venían sombras de gentes, y donde se veían, muy al fondo, piernas de bombros con pantalón blanco.

Veíase en su cuarto, repasando con su hermana ó el apuntador del teatro, y dominada por la emoción á la vez dulce y ansiosa, y siempre nueva de todas las noches. Se miraba entre los pliegues caídos de la túnica de tragedia, que envolvía su cuerpo de una gracia seria. Tocaba con sus pies el tablado de la escena, aquel tablado de donde se levantaba para la mujer su verdadera vida viviente. Miraba por el agujero del telón la gran sala luminosa. Volvía á encontrar en el quinto palco de la derecha á la vieja duquesa de Taillebourg, la fiel asistente á todas sus representaciones. Volvía á ver en el patio, siempre en la misma butaca, junto á la puertecilla de salida, la peluca del marqués de Fontebise. Sentíase dulcemente invadir por el orgullo ante toda aquella grande, ilustre, inteligente sociedad, venida allí por lo que ella, ella sola, sabía agitar en el alma humana. Aparecía en escena en medio de aquel latir acelerado de los corazones, de aquel silencio oprimido de la respiración, de la muda y anhelante admiración que acoge y saluda á los grandes artistas. Representaba, representaba en aquel ruido de los aplausos, en aquel ruido

de que su existencia tenía necesidad, y que le faltaba—y que buscaba algunas veces, como asombrada de no oírlo ya—entre las voces de la naturaleza.

Y el rostro de la Faustin, cuando su pensamiento estaba allá, tenía esa fiebre, ese batir de las narices que se diría que relinchan, de una cómica que pisa las tablas.

—No dices nada esta noche, Julieta... ¿En qué piensas?

Era la voz de su amante.

—¡En nada, amigo mío!... ¡Ah, las nueve y tres cuartos!

Y la hora marcada en el cuadrante del reloj alemán, no le recordaba más que la hora en que hacía su entrada en escena en el segundo acto de *Fedra*.

Entonces la Faustin cogía una de esas labores de mujer, en cuya ocupación se dice á las interrogaciones que se cuenta los puntos, y que le permitían volver á sus ensueños y vivir en ellos sin ser molestada todo el tiempo de una representación de la noche en París.

A pesar de su resistencia, sus esfuerzos, sus luchas, sus combates, la pasión dominante se había apoderado otra vez de la Faustin. Estaba cogida otra vez por las garras de la vocación, de la costumbre, por la omnipotente servidumbre impuesta al porvenir por largos años pasados en el culto de un trabajo amado. El teatro la atraía á

sí por las seducciones de esa carrera de gloria, por los lazos de esa profesión de vanidad diariamente satisfecha, por todos los encantos desconocidos y las afecciones secretas de ese medio tan singularmente esclavizante, que los directores de teatros os dirán que hasta los obreros, maquinistas y carpinteros que han tratado una vez en el teatro, no quieren, no pueden trabajar ya más que allí, por mal pagados que estén.

A despecho de su felicidad, de su amor, la Faustin se moría del vacío, de la inactividad, de la calma de su vida.

En aquella mujer hecha por la naturaleza para el teatro, en la que cada inflexión de voz, cada actitud, cada nada que se escapaba de ella era teatral y espontáneamente—cosa más rara de lo que se cree aun en las actrices de valor,—era como una irritación de todos estos dones, de todas estas facultades originales, aquel largo reposo, aquel sueño de muchos meses. Había allí como un talento comprimido que quería salir de ella, á la fuerza y violentamente, y grandes gestos trágicos que corrían de pronto bajo los pequeños pliegues de sus estrechas ropas, y por momentos le parecía que las acumulaciones de versos escondidos en su memoria y condenados al silencio iban á darse á luz, por su boca cerrada, en furiosa rebelión.

Hasta en los ojos de la enamorada había vuelto á entrar la imperiosa, la fría, la insensible vista de la actriz; la vista que observa, y con esta vista, la tensión casi dolorosa de una atención inquieta de las manifestaciones cómicas ó dramáticas de los rostros que la rodeaban, la impulsaban, sin que se diera conciencia de ello, en busca de los elementos pasionales de grandes y nuevas creaciones.

Decididamente sentíase vencida, sí, bien vencida. En aquellos últimos tiempos, en muchas ocasiones y durante muchos días, con una insistencia que no se desanimaba, y ternuras infinitas, y un amor cada vez más grande, lord Annandale había vuelto á la cuestión del matrimonio, y le había pedido otra vez que fuese su mujer. La Faustin rehusó como había rehusado en París.

Pero cuando se interrogaba bien en el fondo, se veía obligada á confesarse que la delicadeza de su honradez no era ahora la única y absoluta causa de su negativa, y que en ésta de hoy, se deslizaba la segunda intención de volver al teatro, el día en que ya no fuera amada.

Y acababa de escribir á París, á propósito de sus trajes de teatro, que en el primer instante de su dimisión y con la idea del abandono irrevocable de la escena, dejara en las perchas, que los pusieran, que los

guardaran en cofres que había encargado á su hermana que mandara hacer.

LIII

Una mañana en que el honorable Jorge Selwyn se paseaba con la Faustin antes del almuerzo por la calle de hayas púrpura, la detuvo ante la pajarera, donde el jardinero había encerrado siete ú ocho gallos para criarlos.

—¿Ve V., señora, esos dos gallos que se mantienen en lo alto de la percha, mientras que los otros están abajo?

—Sí.

—Mírelos V. bien... Fíjese en qué blanca, alargada y descolorida tienen la cresta.

—¡En efecto!

—¿No advierte V. que tienen algo de triste y de cómico á la vez en su aspecto de ave macho?

—¡No lo veo bien!

—Esos dos gallos no bajarán de donde están sino cuando se mueran de hambre.

—¿Por qué? ¿Por qué les picarían los otros?

—No... Porque cuando bajen, los otros los tratarán ¡como si fueran gallinas!

—¿Y le parece á V. eso verdaderamente tan divertido, señor Selwyn?

—Yo encuentro esto, encuentro esto... antífisico..., nada más—dijo el inglés acom-

pañando á la Faustin á la casa con risas irónicas muy extrañas.

LIV

—¿Order?

Una palabra mascada, como un gruñido, por la voz sin timbre de un hombre grueso, repentinamente inmovilizado, la gorra en la mano, delante de la puerta cerrada tras él.

Era el cochero de la señora que venía á tomar sus órdenes.

La Faustin alzó la cabeza ante la maciza aparición de cabellos rojos, con un «jah!» francés.

Después dijo con entonación doliente: «*Oh, yes, yes, wait (1)*».

Buscó durante algunos instantes qué es lo que podía hacer en el día, la excursión á los alrededores que no había intentado, un paseo de naturaleza á proporcionarle una distracción, y no encontró nada, y su pensamiento se fué á otra parte.

El hombre, en su inmovilidad petrificada, y sin repetir su pregunta, esperaba, pegado contra la puerta.

En un punto de su ensueño, los ojos errantes de la Faustin encontraron á su ta-

(1) Sí, espere V.

citurno cochero, á quien había olvidado completamente.

Ante aquel llamamiento de pesadilla á la realidad, á la ocupación del día, se puso á buscar de nuevo, pero sentíase perezosa para salir, para moverse, para sacudir su apatía, y luego involuntariamente pensaba en su viejo Ravaud, en el cochero de su cupé de París, que la llevaba siempre, tan lleno de brío, á sitios que la divertían.

Y cuando sus miradas pasaron por segunda vez del recuerdo de esta buena y viviente cara francesa, á las fibras impasibles de la fisonomía del otro, eternizado en la misma postura, acometida, de pronto, de súbita impaciencia, con el gesto de una reina de los tiempos antiguos, que deja sus costumbres burguesas, le lanzó un «salga V.» completamente teatral.

Esta escena era poco más ó menos la escena que pasaba todas las mañanas entre el cochero inglés que venía á tomar las órdenes á su ama francesa, y su ama que le decía así que se quedaba en casa.

LV

El jardín de la villa acababa en una inmensa terraza, construida con grandes bloques de granito, que dibujaba un bastión ruinoso que avanzaba en el lago. Todo alrededor, en el interior, había un banco de

piedra desde donde se veía, inclinándose un poco por encima, la clara profundidad del agua.

Allí era donde la Faustin, sin gusto por todo ejercicio, pasaba una parte de los días. Guarecida bajo la sombrilla, é indolentemente tendida en un ángulo del banco de piedra, doblaba una pierna, sin hacer nada, vacío el pensamiento, y con el rosado reflejo de la seda que cernía la luz sobre el aburrimiento de su cara, miraba fijamente, durante horas, aquella hermosa agua verde que no corría, y miraba además una banda de grandes peces negros que flotaban adormilados en el mismo sitio, todo el tiempo que allí había sol; y cuya inmovilidad en aquella agua estancada, le hablaba en voz baja de su existencia inerte, de su vida pasada.

LVI

—En el fondo, decididamente, ¿qué es tu amigo Selwyn?

Esta frase era dirigida por la Faustin á lord Annandale, después de la salida de su amigo, que acababa de salir para Munich, donde no se sabía qué hacía durante dos ó tres días todas las semanas.

Lord Annandale, ocupado en encender un cigarro, arrojó lentamente una bocanada

de humo, miró á su querida fijamente á la cara, y dijo:

—Jorge Selwyn... es un *sadico*.

Y á una muda interrogación de los ojos de la Faustin, añadió:

—Sí, un hombre de amores... de apetitos sensuales desarreglados, enfermizos... ¿Pero qué te importa... que nos importa su vida?

Y se puso á pasearse por el salón, diciendo:

—Una grande... muy grande inteligencia... un saber inmenso... y un antiguo amigo de la juventud.

Y después de una pausa:

—¿Sales hoy, Julieta?

—No.

Lord Annandale se dirigió á las caballerizas.

La Faustin pensaba en la repulsión instintiva que había experimentado, á la primera vista, por aquel desconocido; en la contrariedad que le había producido la instalación en la villa de aquel hombre, caído no se sabía de dónde; en el principio de celos sentidos por ella de la influencia que él adquiría cada día sobre su amante. Hasta odiaba á aquel hombre por el sello que dejaba de sí en el fondo de las meditaciones de las gentes con quienes vivía, por la sollicitación de su curiosidad, por la familiaridad de su cerebro con el enigma de su trastornado personaje. Se preguntaba cuál

les podían ser los lazos, las relaciones en el pasado de aquel individuo con lord Annandale. Buscaba en su cabeza y se asombraba de que su nombre no hubiera sido pronunciado jamás delante de ella. Y sus recuerdos iban remontándose hasta el primer período de sus relaciones con el noble joven inglés. Entonces, en las lejanías de su memoria, aparecía una noche de Escocia, una noche en un paseo iluminado por un rayo de luna, que hacía del gran parque de viejos árboles el paisaje de un mundo celeste. Allí, en la cándida noche luminosa, á propósito de nada y sin que ella supiera por qué, su amante se había arrojado de pronto á sus pies, había abrazado sus rodillas, dándole gracias, en humilde adoración, por el don precioso de su amor, y esto con ternezas humedecidas en lágrimas, con loca alegría, con palabras delirantes, que decían, en un desordenado tumulto del alma, que aquel amor había retirado su juventud de un medio de sucios vicios, del dominio de temibles pasiones inspiradas por lecturas y amistades funestas, impías. Y la frase de un momento antes: «Un antiguo amigo de la juventud», le hacía aparecer de pronto á Selwyn como uno de los malos genios de la adolescencia y de los primeros años de hombre de su amante. ¿No había, por otra parte, cogido ella trozos de su conversación? Cuando iba á buscar en cualquier

rincón de parque ó de habitación á los dos amigos, ¿no había llegado á sus oídos algo del acre sabor de su palabra, cuando se revolcaba en detalles sensuales, y jirones de su elocuencia en celo, y trozos de cuadros ferozmente eróticos, y teorías sobre el amor, donde había hasta algo del asesino? Algunas veces, al oírlo confusamente de lejos, ante la burlona malignidad de todos sus rasgos, ante el júbilo zumbón de su boca, bajo la aguda vibración de su voz de falsete alegre ¿no había huido del hombre como de un apóstol satánico del mal, de las malas pasiones? Y ahora, desde que aquel Jorge Selwyn estaba allí ¿no llegaba á sus brazos su amante, después de interminables conversaciones de sobremesa, como si la palabra inflamada de su amigo le hubiera vertido en las venas un afrodisiaco? ¿Y no tenía ella, á la hora presente, un poco miedo de aquel amor, de su frenesí, de su rabia insaciable y hasta del rostro amado, que la voluptuosidad hacía tan dulce en otro tiempo, y en el que hoy le parecía que se deslizaba una expresión extraña, casi cruel?

LVII

Con el otoño que había llegado, y las últimas flores moribundas, y las primeras hojas caídas, y los grandes vientos del Oes-

te en los gimientes árboles, y el gris del agua inmensa, y lo descolorido del vasto edificio entre el aclaramiento de los árboles y el secamiento de las plantas trepadoras bajo una luz pálida, la Faustin sintióse acometida de una singular tristeza, de una tristeza ansiosa, donde había como un miedo, un espanto para el porvenir, de los lugares que habitaba. Le Edad Media artificial de ciertas partes de las construcciones, la precoz decrepitud de los edificios á la italiana bajo un cielo alemán, daban á la villa, ciertos días, el carácter de una decoración trágica. De las piedras, sin que pueda decirse por qué, se desprendían, para una persona en estado nervioso, presentimientos sombríos. Además, la Faustin sabía ahora que la capillita gótica que había tomado al principio por una fantasía arquitectónica del antiguo propietario, era una tumba, y que la mujer amada antes que ella en aquel rincón de la tierra estaba enterrada allí con el hijo que había dado á luz. Y veía á la joven y enamorada princesa, así como había sido expuesta y depositada en su sepultura, amortajada bajo las flores y teniendo con sus dos manos, cruzadas sobre el pecho, á su hijo muerto. Y aquella gran propiedad había tomado ahora á sus ojos el aspecto de una de esas moradas donde ha ocurrido una gran desgracia, y donde, á despecho del cambio de habitantes,

del sol que entra por las ventanas abiertas, de la alegría completamente nueva que se lleva á ella, queda eternamente encerrada una gran desolación.

Y además, los individuos con quienes vivía en aquella villa, la vieja inglesa, el diplomático, el honorable Jorge Selwyn, se le aparecían como seres sospechosos, alarmantes, como una humanidad pícará ó macabra, algo espantable. Hasta el automatismo de aquellos grandes lacayos de seis pies, de rostro de figura de cera, que se levantaban como por resorte á su paso por la antecámara, le hacía nacer á veces en el cerebro la idea de que vivía, no en un medio real, sino en un mundo horriblemente fantástico, y ponían una especie de inquietud moral en la parisién, en la mujer que había vivido hasta entonces en habitaciones rientes, con hombres y mujeres constituidos humanamente.

En sus días de ociosidad, la Faustin recorrió las cámaras deshabitadas, tropezando, en la penumbra de las persianas cerradas, con una cuna de niño, con reliquias de familia, como abandonadas en la huida precipitada de una casa maldita.

En medio de aquellos objetos heteróclitos, había un mueblecito, una especie de ropero ante el cual la volvía á conducir siempre un poder invisible. La princesa Federica había tenido una afición apasiona-

da por los encajes, y el ropero, en etiquetas pegadas en los cajones, mostraba escrito de su mano, en delicadas patas de mosca: *Malinas, Valenciennes, Chantilly, Alençon, Inglaterra.*

Empujada por un impulso extraño, la Faustin abría uno tras otro todos aquellos cajones, cuyo vacío miraba... permaneciendo, espacios de tiempo infinitos, inmóvil delante del mueble, soñando, pensando que la casa habitada por ella era una casa que traía desgracia, una casa fatal.

LVIII

En el momento en que los habitantes de la villa Isemburg tomaban el café en « Sorrento », un criado entregó, en una bandeja de plata, una carta al honorable Jorge Selwyn.

El honorable Jorge Selwyn, después de abrirla, la pasó á su amigo, diciendo:

—Tengo el sentimiento de dejar á Vds. esta noche; hay gente que me espera en mi casa.

—Sí... la casita en las costas de Bretaña... de que me has hablado—dijo lord Annandale pasando los ojos por la carta escrita en cifras.

La Faustin había echado involuntariamente una mirada por la hoja de papel, y exclamó:

—¡Oh, qué linda cabañita hay arriba! E inclinándose en un movimiento de curiosidad infantil para descifrar la leyenda que corría alrededor del grabado, leyó en voz alta: *Cabaña de Dolmancé.* Y añadió:

—¿Es el nombre del paraje, verdad?

—Sí—dijo lord Annandale, mientras que la mujer, repentinamente desconcertada, encontraba en los labios del honorable Jorge Selwyn una terrible sonrisa enigmática.

LIX

Por entonces, en una carta en que encargaba á su hermana compras de objetos de vestir, la Faustin acababa con esta post-data:

«No me has enviado, como te había pedido, todos los periódicos que hablan del *debut* de la Jenny-Lafon en *Fedra*, y no me indicas cuáles de entre mis papeles son los que ella tiene intención de representar. ¡Ah, si me fuera dado volver solamente algunos meses al teatro, pediría hacer las confidentes en las obras en que ella hace las reinas, y me la comería!»

LX

Y la vida á solas comenzó otra vez en la villa Isemburg entre los dos amantes: una

vida en la que la partida del inglés Selwyn había libertado á la Faustin de secretas inquietudes, y donde un proyecto, en vísperas de realizarse, traía casi una distracción de la vuelta obstinada de su pensamiento hacia el teatro. Lord Annandale había propuesto á su querida pasar el invierno en Italia, y los dos estaban ocupados en los preparativos y el alegre volar de la imaginación que precede á un viaje, y toma, por decirlo así, la delantera por los países lejanos.

Estaba decidido, no se fijarían en ninguna parte, y viajando en su carruaje y con sus caballos, irían algo á la aventura y se detendrían donde les agradara, y dejarían á escape las poblaciones y los parajes donde se aburrieran. E inclinados sobre un mapa, las dos cabezas una contra otra, y mezclados sus cabellos, y paseando juntos sus dos índices sobre la gran hoja, señalaban las etapas de su futuro viaje, en medio de las ignorancias regocijantes de la mujer, de sus preguntas infantiles, y de las respuestas del hombre que conocía á fondo el país.

— Aquí — decía poniendo la punta del dedo de su querida sobre el punto negro — aquí le compraría una sortija de cierto oro labrado que no fabrican los demás Estados de Europa... Aquí la llevaría á ver una antigua iglesia que no está indicada en las

guías... Aquí le haría comer un pescadito que no se come más que aquí...

Además, él había hecho fotografías en la India... y acababa de pedir un nuevo aparato... ella le ayudaría y vería qué divertido es esto... y traerían vistas... vistas hechas por los dos... de todos los rincones donde habrían dejado algo de su felicidad, de su amor.

Ya la vieja inglesa estaba embarcada para Inglaterra donde debía pasar todo el tiempo del viaje de los dos amantes, y los baúles estaban comenzados y fijada la partida para los primeros días de la semana próxima.

LXI

Lord Annandale se levantó de la cama donde, á su lado, dormía una noche su querida, para hacer entrar, en el aire cargado de voluptuosidad de la alcoba, un poco de la frescura de la mañana, que blanqueaba ya á través de la transparencia de las cortinas.

Fué á la ventana con paso débil, trató de abrirla, y gritó con voz desfallecida:

— ¡Julieta, á mí... á mí!

Desde el fondo de su sueño cansado, despertada por este llamamiento, la durmiente vió á su amante aferrado con las dos manos á la falleba de la ventana y tratando de

mantener el equilibrio de un cuerpo próximo á caer. Saltando inmediatamente de la cama, la Faustin corrió hacia él y lo rodeó con sus brazos.

El hombre, sostenido por la mujer, hizo un movimiento para dirigirse á la cama, pero le faltaron las piernas, y la Faustin sintió pesar sobre sus hombros el desvanecimiento del gran cuerpo.

Gritó, pidió socorro, pero no la oían: y no pudiendo separar de él sus brazos, no podía tirar del cordón de la campanilla.

Entonces reunió todas sus fuerzas, y levantando á William con un esfuerzo desesperado, lo llevó, abrumada bajo el peso muerto, y avanzando lentamente, tendida la cabeza hacia su pálido rostro, alzada la mirada á sus ojos desencajados y llenos del fijo espanto que pone en el que vive en plena salud, una repentina é inesperada interrupción de la vida.

LXII

Lord Annandale no había recobrado el conocimiento desde que la Faustin lo había vuelto á acostar. Estaba tendido con una inmovilidad de cadáver, con su espantosa mirada fija en los ojos. De la apariencia y de la circulación de la vida, no había en él más que una respiración breve, estridente. Por momentos solamente salía de su boca

la sonoridad de palabras abortadas y rotas que comenzaban á escaparse en confusos estallidos de la voz, y que se resolvían en confusos suspiros de niño. A veces — ¿era esto una ilusión? — hasta parecía á su querida, cuando se inclinaba sobre él para hacerle tragar pedacitos de hielo del grueso de una cabeza de alfiler, parecía que en una clara sonriente, sus ojos se apoyaban en los de ella con la insistencia obstinada de un segundo, que era un reconocimiento, pero inmediatamente su expresión era arrebatada como á un punto lejano.

Y en aquella estancia al pie de la cama, donde la mujer no quería ser ni reemplazada, ni relevada, sucedíanse los días con su alegre é irritante despertar de la mañana, entre los fulgores de la bujía moribunda, y largas noches de intranquilas horas que no acababan: días y noches en que se repetían las visitas preocupadas del médico y su rostro desconcertado por la extraña é inexplicable enfermedad.

LXIII

¡En plena dicha de dos existencias que formaban una sola, la brusca perspectiva, en algunos días, acaso en algunas horas, de la separación eterna, y la brutal entrada de la idea de la muerte! Y esto al principio de un amor que los dos se habían

prometido que sería eterno, y que no contaba aún un año de vida, de un amor que tenía las ternuras, los ardores, la ardiente é inseparable refriega del uno con la otra en una pasión. ¿Era verdad, Dios mío? Y de repente esto. Cuando ella se paseara ya no tendría su brazo para apoyarse; y cuando comiera, no tendría ya su rostro enfrente; y cuando durmiera, ya no tendría su sueño enlazado al suyo; y no tendría ya su palabra para decir el mismo pensamiento que le acudía á ella en el mismo instante; y no tendría ya sus ojos para ver por los dos... No, en adelante nada ya en su vida más que la espantosa soledad, en un mundo vacío, de días que ya no tendrían sol, de cosas que ya no tendrían alegría para ella. ¡Si al menos hubiera estado preparada para la terrible previsión por largos meses de enfermedad, por el lento cambiar del enfermo en la cama, por la inquietud de los rostros, por palabras dichas en voz baja, por todos los crueles presagios que acostumbra el pensamiento, lo familiarizan con lo que se teme, con lo que ella se niega á creer obstinadamente desde el principio con todas las fuerzas de un corazón que ama!... ¡Pero no, una muerte, una muerte que era como un rayo!

Y en la duración no fija y no precisada de ese tiempo que se pasa á la cabecera de un moribundo, la Faustin permanecía allí

estúpida, así como una persona que hubiera recibido un gran golpe en la cabeza, trastornadas las ideas en el cerebro, difusa la atención, los oídos como llenos del rumor de aguas lejanas, y de cuando en cuando subiéndole del fondo de su alma una muda rebelión contra Dios y la Providencia.

En aquellas horas, el alerta de la vida en la mujer tenía algo del malestar de una pesadilla y del sordo dolor que produce con obtusas sensaciones.

Y siempre en el cerebro dolorido de la Faustin el ir y venir de la desgarradora incertidumbre.

A veces, repentinamente, con inconscientes movimientos de brazos hacia adelante, y con palabras que no estaban más que pensadas, trataba de apartar la idea que la poseía: «El médico no había dicho hasta el presente una palabra que fuera su condenación definitiva... todos los días se veía volver de todavía más lejos... ¡y era tan joven!...» Pero en seguida sus manos volvían á descansar alrededor de su frente. Parecía á la amante que de todos los rincones de la alcoba se alzaban vocecitas que venían á golpear sus sienes con esos golpes zumbantes de las moscas contra los cristales, y cuyo murmullo la decía muy bajo: ¡La muerte, la muerte, la muerte!

LXIV

La habitación en que lord Annandale se encontraba acostado en un gran lecho, de colchones forrados de seda roja, era una fría, alta é inmensa pieza, amueblada con muebles de formas rígidas de la Edad Media, y de ese gótico moderno que forma en los teatros del bulevar el mobiliario de los dramas del pasado.

Sobre un tocador de espejo ojival, entre cucharillas pringosas, había una hilera de frasquitos y de medicamentos destapados, y á través de una puerta de cristales se veían dos gigantes lacayos medio dormidos en los sillones de un salón.

Afuera, aquello era la tristeza pesada y un poco inquietante de las grandes extensiones de aguas muertas, y de cuando en cuando, por una ventana entreabierta, entraban, como vuelos de murciélagos, débiles soplos que movían la llama medio tendida de la lámpara, y que ponían, á cada momento en la alcoba desolada, bruscas alternativas de claridades y de lívidas tinieblas.

Sentada al pie del lecho, la Faustin lloraba, hundida la cabeza entre la cubierta, lloraba á los pies del enfermo, de cuerpo inmóvil, pero cuyos pálidos dedos, ho-

rriblemente crispados, recogían sobre su pecho las sábanas á puñados.

Cuando alzó la cabeza, estaba junto á la cama el médico á quien no había oído entrar, un anciano de largos cabellos echados á la Jenner detrás de las orejas, y vestido con la levita eclesiástica de un ministro protestante, que murmuraba entre dientes:

— ¡Sí, comienza!— acentuando la palabra.

— ¡Ah, Dios mío! ¿Dice V...? y la Faustin se detuvo en medio de su pregunta.

— ¡Valor, señora!— dejó caer el médico.

Y se sentó al lado de ella, mirando al agonizante con los ojos fríos de la ciencia que estudia la muerte.

La Faustin había cogido las manos de William, y con caricias parecidas á las con que las madres tratan de calmar la nerviosa cólera de las manitas de sus hijos, se esforzaba por pacificar las inquietas manos y por hacer cesar aquel horrible retorcido de las sábanas.

El médico seguía contemplando la cara del moribundo, con una fijeza singular y una atención que, en un momento dado, tuvo como un asombro. Se inclinó á derecha y á izquierda para ver mejor, y dijo: «No es posible». Sacó de su bolsillo un pañuelo con el que limpió el cristal de su gafas, se levantó, en fin, y subió la pantalla de la

lámpara cuya luz iluminó de lleno la cara del joven lord.

Y de pie delante del lecho, su rígida silueta proyectada sobre las sábanas y repitiendo sus gestos de estupefacción, el médico decía en frases entrecortadas:

—No, esto no es una ilusión, no... un caso, como se presenta una vez por casualidad... ¿Ve V., señora, los juegos extraños del músculo *risorius* y del gran cigomático?... Un caso que jamás ha sido observado científicamente... Los libros de medicina alemanes, ingleses, franceses, nombran esta agonía... ¿Y la nombran verdaderamente? Pero ningún libro de ningún país la describe... Y no tenemos la certeza de su existencia más que por la mención que hace de ella, con arreglo al relato de Tronchin, Mad. de Epinay, una de vuestras compatriotas que dejó memorias en el siglo pasado... ¡Pero, mire V., el dibujo de la risa comienza á estar perfectamente indicado!... ¡Ah! Señora, va V. á asistir á un espectáculo bien doloroso... Prepárese V. á ser testigo de una *agonía sardónica*... No la dejo más que por un momento y vuelvo en seguida después de mi visita á la villa Kallenberg... Quiero anotar los fenómenos que van á producirse.

Al quedarse sola en aquella alcoba, la mujer fué acometida de un terror indecible. Quiso ir á cerrar la ventana á aquellos so-

plos de la noche que hacían por momentos la habitación más espantosa, y no se atrevió; quiso llamar á los criados que veía dormir al otro lado, y no tuvo valor para ello; é incapaz de huir de allí, delante del rostro del moribundo, donde la muerte reía, se tapó los ojos con las dos manos.

Pasaban las horas de la noche y el médico novolvía, y las horas se hacían más negras, más silenciosas, más llenas de la aproximación amenazadora de la media noche para la que vela á la cabecera de un moribundo, y la Faustin, hundida en su miedo y clavada en el mismo sitio, seguía con las manos en los ojos sin atreverse á ver.

Al cabo de un largo, de un muy largo espacio, se atrevió, sin embargo, á mirar por entre sus dedos un poco abiertos; miró por segunda vez, volvió á mirar, acometida de repente por una salvaje curiosidad, en medio de la que sentía que se iba de ella su terror y algo de su pena.

Luego, de pronto, se encontró impotente para quitar sus ojos del rostro de agonía tan extraña.

Y quitando de su cara las manos que cayeron sobre sus rodillas, miraba inmóvil, miraba á pesar suyo.

Y á fuerza de mirar, poco á poco, así como en una sala de hospital se establece una corriente contagiosa de crisis nerviosa entre los enfermos, la boca, los labios

de la trágica, sin que ella pudiera no quererlo, se pusieron á hacer todos los movimientos de la boca y de los labios del moribundo, á repetir lo punzante y lo horrible de aquella risa sobre los rasgos del agonizante.

Porque aquello no era ya la sonrisa in formulada y discutible del principio. Ahora era la risa, una risa que subía y bajaba al mismo tiempo que el estertor en la garganta, una risa que remangaba de una manera atrozmente irónica labios violáceos, una risa que corría con el siniestro *riktus* de las últimas convulsiones de la vida sobre una faz humana, una risa, — la risa, esa tan dulce muestra, en un rostro, de la dicha y de la alegría, — convertida en una especie de espantosa caricatura satánica; en fin, la cosa más asombrosa que fué dado ver á un artista dramático.

Y aquel espectáculo, matando por un momento á la amante, hacía volver á entrar por la fuerza la actriz en la mujer.

E insensiblemente, de la imitación nerviosa, involuntaria, y, á su pesar, de un momento antes, la Faustin fué despóticamente llevada á una imitación estudiada, como para un papel, para una agonía de teatro de efecto; y la risa que sorprendía en los labios de su amante, en seguida trataba de buscar si era la misma que ella tenía en sus propios labios, volviéndose

se y preguntándolo á la ogiva del espejo verdense del viejo tocador, colocado á su espalda.

Entregada por completo á su trabajo de cómica, la Faustin oyó repentinamente un formidable campanillazo en el fondo del lecho, y volviendo en seguida la cabeza, encontró los ojos del moribundo, que había recobrado el conocimiento como por milagro.

Los dos criados habían entrado en la alcoba.

—*Turn out that woman!* (1)—dijo el joven lord con una voz en la que se había despertado toda la implacabilidad de la raza sajona.

La Faustin se arrojó á besar las manos á su amante. El la rechazó brutalmente y con estas palabras:

—¡Una artista!... ¡No eres más que eso!... ¡La mujer incapaz de amar!

Y volviéndose, para morir, de cara á la pared, lord Annandale gritó otra vez y más imperativamente aún:

—*Turn out that woman!*

(1) ¡Echad á esa mujer!